

Por lo que toca á tí, procura tenerla siempre muy presente; cuida de que se pasen pocos días sin pensar en la desdicha de aquellos, que, sepultados en esta horrible eternidad, no tienen esperanza de lograr jamás el mas mínimo alivio en sus tormentos. ¡ Cuántos de aquellos mismos á quienes tú has sucedido en los empleos, en los honores, en los mayorazgos, en las casas, están ya perdidos en esta espantosa eternidad! Hazte familiares estas reflexiones, porque todas ellas son muy saludables.

2. No echés en olvido esta santa costumbre. Siempre que padezcas algun accidente, algun dolor, como de gota, de piedra, de muelas, etc., haz esta consideracion: ¡ Qué tormento seria para mí sufrir este dolor por un año, por seis años, por veinte y cinco años, sin el menor alivio, sin la menor tregua! ¡ Una cólica viva y una ceática aguda de dia y de noche, sin reposo, sin descanso, y por treinta años! ¡ O Dios, y qué tormento seria estar en una cama sin poderse volver ni aun menear por espacio de treinta años! Tormento insufrible: pues ¡ qué será padecer todos estos dolores juntos, todos á la vez, todos complicados unos con otros, y todos por una eternidad! Pocos ejercicios hay mas útiles; pocos que se puedan practicar con mas facilidad, y pocos de que se pueda sacar mayor provecho.

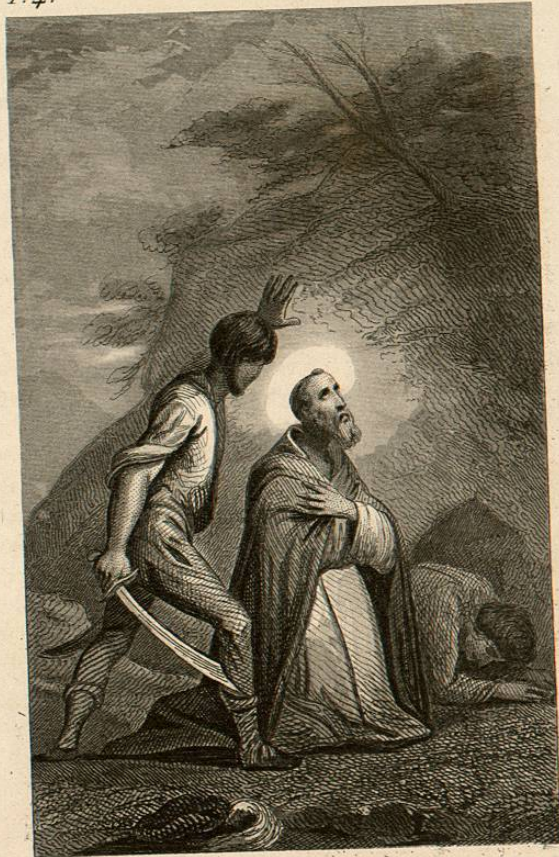
DIA VEINTE Y NUEVE.

SAN PEDRO, MÁRTIR.

San Pedro, uno de los primeros mártires que dió á la Iglesia de Dios el sagrado orden de predicadores, nació en Verona de Lombardia por los años del Señor de 1205, de padres inficionados con la herejía de los

T. 4.

P. 692.



S. PEDRO, M.

cátaros ó maniqueos; pero como la divina Providencia le destinaba para azote de ellos, le preservó de la infeccion en medio del contagio.

Parece que habia nacido con una aversion natural á las máximas de esta abominable secta, y á todos los que pretendian imbuirle en ella. Prevenido interiormente de la gracia, aun antes de tener uso de razon, igualmente despreciaba los halagos, caricias y solicitudes, que las amenazas, golpes y malos tratamientos de los que deseaban con la mayor ansia instruirle desde niño en los elementos de su herejía.

Mirando el padre esta aversion que mostraba su hijo á la doctrina de su secta, como una terquedad de niño que con la edad podria corregirse, resolvió enviarle á la escuela de un maestro católico, por no haberle en Verona maniqueo. El niño Pedro, de edad entonces de siete años, aprendió con maravillosa prontitud la doctrina cristiana, singularmente el símbolo de los apóstoles, como se enseña en la Iglesia. Al salir un dia de la escuela le encontró un tio suyo, de los mas furiosamente encaprichados en los errores de su secta, y preguntándole qué leccion habia dado aquel dia, el niño comenzó á recitarle el Credo. Indignado el hereje, quiso interrumpirle y comenzó á amenazarle; pero el niño, sin turbarse ni hacer caso de él, fué continuando su leccion, y no le fué posible al tio hacerle callar, hasta que le hubo recitado el compendio de todo lo que creia. Admirado y aun enfurecido el hereje, se fué derecho á casa de su hermano; contóle, lleno de cólera, lo que acababa de pasar con su hijo; añadió que si esto no se remediaba con tiempo, algun dia daria mucho que hacer á su secta, y concluyó con aconsejarle que en todo caso no le permitiese estudiar.

Ya sea que el padre de nuestro Pedro fuese uno de aquellos que hacen vanidad de ser indiferentes en

materia de religion, ó sea que pensase que siempre le seria fácil reducir á su hijo á lo que le pareciese, no hizo mas que reirse y celebrar el lance; y estuvo tan lejos de no permitir que estudiase, que antes bien observando en el chico un excelente ingenio, le envió á la universidad de Bolonia, y no perdonó á medio ni á diligencia alguna para que saliese hombre sabio.

Con efecto, lo fué en poco tiempo nuestro Pedro; pero, aunque hizo maravillosos progresos en las letras, fueron mayores los que hizo en la ciencia de los santos. Era lastimosa la corrupcion de costumbres que reinaba en la juventud de aquella universidad; y es verosímil que esto mismo moviese al padre de nuestro Pedro á enviarle á Bolonia, pareciéndole que una vez que la licencia de las costumbres le hubiese estragado el corazon, seria fácil borrar de él las impresiones de la doctrina católica. Pero aquel mismo Señor que en Verona habia preservado su entendimiento de los errores, le conservó la pureza de corazon en Bolonia, y le asistió para que guardase una maravillosa inocencia de vida en medio de tanta disolucion.

Al paso que la virtud crecia con la edad, crecia con la virtud el miedo á los peligros. Cada dia los iba descubriendo nuevos y mayores: su viveza, la agudeza de su ingenio, su edad, su calidad, sus nobles modales, todos eran lazos contra su inocencia; conociólo, y resolvió ponerse á cubierto de ellos.

Acababa de nacer la santa y célebre religion de predicadores, y reputándola todos por puerto seguro de salvacion y asilo muy propio para librarse de las borrascas del siglo, apenas conoció Pedro su instituto, quando resolvió abrazarlo: se fué á encontrar al santo fundador, se echó á sus piés y le pidió con instancia le recibiese por hijo y por discípulo.

A la sazón no tenia mas que quince años, y descubrió en él santo Domingo tanta inocencia, prendas tan raras y una vocacion tan visible, que luego le admitió en la órden, previendo que algun dia habia de ser lustre y ornamento suyo. Desde luego confirmó el porte de Pedro al santo fundador en el concepto que habia formado de él, porque ningun novicio comenzó el noviciado con mayor fervor. Eran sin duda muy grandes los ejemplos que tenia á la vista en una comunidad donde todos servian de modelo; pero él no solo se propuso imitarlos, sino que hizo esfuerzos extraordinarios para ver si podia excederlos en el camino de la perfeccion.

Dejándose llevar con demasia del impulso de su fervor, declinó en excesos. Era su vida un perpetuo ayuno, y apenas permitia que el cansancio interrumpiese por pocos instantes sus vigiliias. Rindióse presto á tan inmoderada austeridad un temperamento tan delicado como el suyo. Cayó enfermo el novicio tan peligrosamente, que se llegaron á perder las esperanzas de su vida. Conocieron todos que su excesiva abstinencia era causa de la enfermedad, quando advirtieron que se le habian cerrado todos los conductos de la comida, de manera que costaba mucho trabajo hacerle pasar el alimento. En medio de eso quiso Dios que recobrase la salud; y habiendo hecho la profesion religiosa, hubiera aumentado el rigor de su penitencia, á no haber la obediencia moderado y puesto limites á su fervor.

Los progresos que hacia en el estudio de las ciencias, eran correspondientes á lo que adelantaba cada dia en el de la virtud. Igualmente santo que sabio, se dispuso presto para esparcir entre los prójimos los ardores de su zelo. Descubrió un talento eminente para el púlpito, una elocuencia varonil y persuasiva, con una mocion que ablandaba los mas duros cora-

ziones. Elevado al sacerdocio, esta dignidad perfeccionó su virtud y su talento. Ya hacia mucho ruido en toda la Italia la fama de nuestro santo, cuando el Señor quiso preservarle de los tiros de la vanidad por medio de una de las mortificaciones mas dolorosas y de mayor humillacion.

Hallábase en Como del Milanés, donde el Señor le favorecia con gracias extraordinarias. Las dulzuras celestiales que recibia en la contemplacion eran tan grandes, que algunas veces comunicaba y hablaba familiarmente con Dios y con sus santos. Algunos religiosos, demasadamente zelosos, ó no muy afectos á fray Pedro, se figuraron que habian oido la voz de una mujer con quien hablaba; acusáronle al prior, vistiendo la acusacion con circunstancias tan plausibles, que el prelado le reprendió en público capitulo de su indiscrecion; pues su virtud no permitia se creyese de él otra cosa, sino que habia tenido la indiscrecion de dejar entrar en su celda á alguna mujer para oirla de penitencia. El mismo contribuyó mas que nadie á su condenacion, porque preguntado por el prior sobre el caso en presencia de la comunidad, solo respondió que era grande pecador y que pedia penitencia. Impusiéronsele, y despues le desterraron al convento de Jesú en la Marca de Ancona, quitándole la licencia de predicar.

Esta dolorosa y humillante mortificacion no solo acrisoló su virtud, sino que le dió tiempo para gustar en su retiro los consuelos celestiales. Empleaba en el estudio y en la oracion todo el que no gastaba en obras de caridad con los frailes, y en los ejercicios mas humildes y mas penosos de la casa. Pero Dios volvió por su inocencia cuando el santo estaba mas gustoso con su humillacion: llegóse á descubrir la falsedad ó la temeridad de la acusacion; llamáronle, y le repusieron con honor en sus primeras funciones,

lo que fué para el humildísimo Pedro mortificacion mas dura y mas insoportable que la primera.

Dedicado al ministerio de la predicacion, se hizo en poco tiempo como el apóstol de Italia. Sintieron y experimentaron los efectos de su apostólico zelo la Marca de Ancona, la Romanía, la Toscana, el Boloñés y el Milanés. Siempre que se dejaba ver en el púlpito, movia á los mas duros, convertia á los mayores pecadores, y todo el auditorio salia por lo menos deshaciéndose en lágrimas. Los pueblos le salian á recibir de tropel en los caminos; y apenas habia pecador ni aun hereje que pudiese resistir á la fuerza de sus razones, á la eficacia de sus discursos, y á la poderosa virtud de sus ejemplos.

Siendo tan poderoso en obras como en palabras, luego que predicó en Florencia se acobardaron los herejes, y habiendo triunfado hasta entonces, ya no se atrevian á parecer en público. Persuadió á los católicos á que se coligasen en una especie de cruzada para arrojar de todo el país á los herejes; y en menos de seis años logró ver católica á toda la Toscana. No persiguió con menos zelo ni con menos fruto á los herejes del Milanés. No cabiendo en las iglesias su numeroso auditorio, se veia precisado á predicar en las calles, en las plazas y en los campos. Siempre que iba de una parte á otra anunciaba su llegada el tropel de gente que salia á su encuentro; y en las ciudades donde entraba se le recibia con repique general de campanas. En Milán se vieron obligados á hacer una silla de manos portátil y cerrada para conducirle de un lugar á otro, despues que acabase de predicar, sin peligro de que fuese sofocado por la muchedumbre.

Nunca predicó sin lograr maravillosas conversiones, y rara vez se dejaba ver en público sin obrar grandes milagros. Conociendo bien los herejes que este nuevo

apóstol no pararia hasta verlos exterminados, recurrieron al artificio; y juntándolos el que era como jefe ó cabeza de ellos, les habló de esta manera: « Ya veis que el crédito que este fraile ha sabido granjearse en este pueblo insensato, por medio de sus falsos milagros, va á ser la ruina total de nuestra secta: no hay que perder tiempo, el mal insta, el remedio debe ser pronto, y hé aquí el expediente que me ha ocurrido. Yo me hallo sano y bueno como me veis; fingiréme enfermo, mezclaréme entre los demás, y cuando pase ese embustero comenzaré á clamar como ellos que me cure; él entonces me pondrá sin duda la mano sobre la cabeza, hará la señal de la cruz y dirá que ya estoy curado. Yo descubriré el embeleco, y haré visiblo al pueblo el embuste de su predicador. »

Aplaudieron todos el artificio, y luego se puso por obra, pero con gran confusion del partido. Presentóse el hereje delante del santo, y este le dijo: *Si estás enfermo, ruego á Jesucristo que te vuelva la salud; pero si estás bueno y pretendes engañarnos, pido al mismo Señor que te ponga malo, para que escarmientes, y el pueblo le glorifique.* Al instante cayó desmayado aquel infeliz, y se apoderó de él una calentura tan ardiente y tan maligna, que se creyó no podria llegar vivo á la noche. Viéndose en este estado, el mismo comienza á publicar á voces su artificio; pide al santo que se compadezca de él, abjura públicamente la herejia y recobra la salud del alma y la del cuerpo.

No es fácil referir todas las maravillas que obró el Señor por su siervo para confundir á los herejes. Muchas veces se vió quedar mudos los doctores de la secta en presencia de nuestro santo; viéronse desvanecidos los enredos y astucias del demonio con la fuerza de sus oraciones; y por mas que el infierno bramase contra fray Pedro de Verona, que así le lla-

maban los herejes, él confundia á estos, y triunfaba de aquel.

Animada su fe con el encendido amor que tenia á Jesucristo, y con la tierna devocion que profesaba á la santísima Virgen, era cada dia mas viva y poderosa. Cuando celebraba el santo sacrificio de la misa se derretia en lágrimas, y cuando rezaba el rosario siempre recibia del cielo algun nuevo y especial favor.

Por los años de 1232, viendo con dolor el papa Gregorio XI los progresos que iba haciendo la herejia, y bien informado de la virtud, sabiduria y zelo de nuestro santo, le hizo inquisidor general de toda Italia. Este santo tribunal, baluarte firmisimo de la fe, centinela de la religion, terror de los herejes, contra el cual en todos tiempos se han desatado estos tan furiosamente; este santo tribunal, á quien España, Portugal é Italia deben el haber estado perpetuamente desterrado de su suelo el error y la mas pronta extincion de las herejias; este santo tribunal, vuelvo á decir, nunca se dejó ver con mayor esplendor, ni jamás se hizo tan temible á los enemigos de la religion, como cuando logró tener á su frente á nuestro Pedro. Estremecióse, bramó de rabia la herejia, especialmente cuando Inocencio IV le confirmó en tan importante empleo. Creciendo el zelo con la autoridad, persiguió la herejia hasta en sus mismos atrinchamientos, y emprendió arrojarla de toda Italia.

Pero aunque su zelo era ardiente y vigoroso, nunca fué amargo ni violento: su carácter era en parte la dulzura y la mansedumbre de Jesucristo; buscaba la conversion del hereje, no su muerte. Mas ni por eso se ablandaron los herejes, ni depusieron el miedo y el horror que le tenian, sabiendo bien que sin convertirse no habia que esperar cuartel ni buena composicion; y así, obstinados en no hácerlo, se conjuraron para matarle.

No ignoró el santo inquisidor la conspiracion, pues predicando un dia dijo públicamente: « Ya sé que los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia han puesto precio á mi cabeza; pero esta es la mayor dicha que pueden proporcionarme, hacer que derrame mi sangre por la fe. Mucho tiempo ha que todos los dias pido á Dios esta gracia en el santo sacrificio de la misa. Pero nada ganarán con quitarme la vida, porque espero hacerles mayor guerra despues de muerto. »

Habiendo sabido los jefes de los sectarios que estaban en Milan, que el santo se restituia á esta ciudad volviendo de su convento de Como, del cual era prior, y adonde habia ido á pasar las pascuas, apostaron dos asesinos en el camino para que le quitasen la vida. Convenidos en el precio, fueron estos á esperarle entre Barlasina y Guisano. Uno de ellos, llamado Carin, alcanzó al santo que iba rezando, y descargándole sobre la cabeza dos furiosos golpes de hacha, le dejó por muerto. Echado por tierra el santo mártir, y nadando en su misma sangre, reanimó todos sus espíritus y comenzó á rezar el símbolo de la fe, mientras el asesino estaba dando de puñaladas á su compañero, que se llamaba fray Domingo; pero advirtiéndole que el santo inquisidor se habia levantado y puesto de rodillas para acabar el Credo, dejó al compañero volvió á él como una furia, metiéndole por el pecho el estoque hasta la guarnicion, y con tan gloriosa muerte le labró la preciosa corona del martirio, el dia 29 de abril del año 1252, á los cuarenta y seis de su edad.

Fué conducido el santo cuerpo á Milan, donde se le enterró con gran pompa y solemnidad en la iglesia de San Eustorgio, titular del convento de predicadores. Hizose desde luego tan gloriosa su memoria por los milagros que obró el Señor por su intercesion, que el papa Inocencio IV le puso en el catálogo de los

santos aun antes de cumplirse el año de su muerte, y expidió el mismo año en Perugia el decreto de su canonizacion. Levantaron el sagrado cuerpo, y habiendo estado algunos dias expuesto á la pública veneracion, fué colocado en un sepulcro de mármol. El año de 1340 se hizo segunda traslacion durante el capitulo general de los dominicos, que se celebró en Milan, y se colocaron las reliquias en otro sepulcro de mármol mucho mas suntuoso que el primero, dentro de una capilla baja; y en fin, el año de 1651, hicieron los padres dominicos nueva traslacion de la sagrada cabeza, preciosamente engastada en una rica urna de oro y de cristal, la que colocaron en una de las capillas mas suntuosas y magnificas de la iglesia.

SAN ROBERTO, ABAD Y FUNDADOR.

San Roberto, primer fundador del esclarecido órden del Cister que despues propagó san Bernardo, nació en la Champaña, provincia de Francia, por los años del Señor de 1024. Su padre Tierri y su madre Ermegarda, mas ilustres por la pureza de sus costumbres que por la nobleza de su linaje, se aplicaron á educar al niño en el conocimiento de las letras y en las máximas de la virtud, teniéndole siempre á su lado. Desde su mas tierna infancia descubrió este una grande inclinacion al retiro, y un ardiente deseo de vivir únicamente para Dios: así, apenas tuvo quince años, renunciando al siglo, se retiró á la abadía de Montier-la-Celle, monasterio de Benedictinos, cerca de la ciudad de Troyes. Sus progresos en la perfeccion fueron tan rápidos, que en poco tiempo fué el ejemplo y la admiracion de aquella comunidad, de tal modo que, nabiendo muerto el prior de ella, no obstante los

pocos años que aun tenia Roberto, le eligieron los monjes en su lugar, y no tuvieron que arrepentirse de la eleccion.

Algunos años despues fué elegido por abad de San Miguel de Tonerre, en cuyo monasterio se aplicó á restablecer la disciplina regular, que se habia relajado notablemente. Pero tuvo el sentimiento de ver que sus buenas intenciones eran contrastadas por aquellos mismos que debieran ayudarle; y no hallando en aquellos monjes mas que espíritus rebeldes y corazones endurecidos, desesperando de poderlos traer á la observancia de la regla, determinó abandonarlos.

Habia no lejos de Tonerre un desierto llamado Colan, adonde se habian retirado siete anacoretas para vivir en los ejercicios de la contemplacion y de la penitencia. Pero estaban sin superior á quien obedecer, y sin director que los guiase; y noticiosos de la eminente santidad de Roberto, enviaron á pedirle con instancia que tomase á su cargo el dirigirlos y fuese á vivir con ellos. El santo encontró algunos obstáculos para acceder á sus deseos; pero habiéndolos removido, se rindió por fin á las instancias de los solitarios y fué en busca de ellos, los cuales le recibieron como á otro Moises que iba á dirigirlos, al través del desierto de esta vida, á la verdadera tierra de promision.

Hallando Roberto que la soledad de Colan era muy mal sana, creyó oportuno retirarse con sus discipulos á la floresta de Molesme. En ella construyeron con ramas de árboles unas pequeñas celdillas, y edificaron un oratorio con la advocacion de la Santísima Trinidad. Bien pronto se extendió por todas partes la fama de los nuevos solitarios, y no se hablaba mas que de la austeridad de sus penitencias. Su pobreza era tan grande, que muchas veces les faltaban las cosas mas necesarias á la vida. Pero muchas personas

de las inmediaciones, excitadas por el ejemplo del obispo de Troyes, acudieron con una especie de emulacion á socorrer sus necesidades: á la escasez sucedió la abundancia, y á la abundancia la relajacion de la disciplina. El santo abad quiso detener los progresos con paternales amonestaciones; pero viendo que no se hacia caso de ellas, abandonó á Molesme, como habia abandonado á San Miguel de Tonerre.

Retiróse al desierto de Hauz, para estar con los monjes que vivian en él con mucho fervor y simplicidad de vida. San Roberto subsistia como ellos del trabajo de sus manos, y daba la mayor parte del tiempo á la oracion y á la meditacion. No tardaron estos religiosos en conocer el tesoro que poseian en Roberto, admirando en él un varon consumado en la ciencia del espiritu; y así luego le nombraron superior. Apenas supieron esto los monjes de Molesme, se avergonzaron de haberle precisado á abandonarlos; alcanzaron del sumo pontifice y del obispo de Langres que ordenasen á Roberto que volviese á Molesme; prometiéronle al mismo tiempo que serian mas dóciles á sus mandatos, y se conformarian en todo á sus instrucciones. Con esto no difirió el santo dar la vuelta á Molesme; pero luego se desengañó de las promesas de aquellos monjes, y conoció que solo le habian llamado por miras temporales: su conducta continuó siendo la misma, á lo menos por algun tiempo.

No obstante, no eran tales los desórdenes que reinaban en Molesme como algunos autores han querido pintar: su relajacion consistia, segun Roberto del Monte, en que los monjes abandonaban el trabajo de manos, recibian oblaciones de los fieles, é introducian innovaciones en sus hábitos contra la voluntad expresa del abad. Ni era tampoco general la relajacion. No faltaban monjes que, oyendo todos los dias leer en el capitulo la regla de san Benito, clamaban

por su observancia en todos sus puntos; mas como la mayoría de la comunidad se opusiese á la reforma, deseosos de practicarla en sí mismos, se dirigieron al abad pidiéndole el permiso de retirarse á algun lugar solitario, donde pudiesen observar la regla en toda su pureza. Conoció el santo que esta era una inspiracion del cielo; y así no solo accedió á sus instancias, sino que les prometió acompañarlos. Al efecto se dirigió con seis monjes en busca de Hugo, arzobispo de Leon y legado de la santa sede; y habiéndole expuesto las razones que tenia para dejar á Molesme, persuadido de ellas el legado, no solo le permitió, sino que le mandó retirarse adonde juzgase oportuno para entablar la perfecta observancia de la regla.

Luego que Roberto volvió á Molesme, se le unieron todos los monjes fervorosos que habia, y saliendo juntos en número de veinte y uno, fueron á establecerse en la selva del Cister, á cinco leguas de Dijon, en la diócesis de Chalons de Saona. Los activos solitarios se pusieron á desmontar una parte de aquel terreno, y construyeron sus celdillas; todo con consentimiento de Gautero obispo de Chalons, y de Reinaldo vizeconde de Beaune, señor de aquel país. Hizose la nueva fundacion en 24 de marzo de 1038, día de san Benito; y de aquí data el origen de la orden del Cister.

Considerando el arzobispo de Leon que los nuevos solitarios no podrian subsistir sin el amparo de una persona poderosa, escribió en su favor á Eudes, duque de Borgoña, quien los tomó bajo su proteccion, acabó á sus expensas la fábrica del monasterio, proveyóles por mucho tiempo de todas las cosas que les hacian falta, y les asignó por último rentas fijas y bastante considerables para mantenerse. El obispo de Chalons erigió en abadía el nuevo monasterio y dió su d'reccion á Roberto. La vida que se

hacia en el Cister era ejemplarísima. No dormian los monjes mas que cuatro horas de la noche, y empleaban otras cuatro en cantar las divinas alabanzas; por la mañana trabajaban cuatro horas, y despues leian hasta nona; yerbas y raíces eran todo su alimento.

El siguiente año de la fundacion del Cister, los monjes de Molesme enviaron diputados á Roma para solicitar la vuelta de Roberto. Alegaron por razones que era su abad; que la disciplina regular habia sufrido mucho despues de su salida; que solo su presencia podia restablecer el órden, y que la salvacion de los monjes dependia de ella. Convinieron en la sinrazon de sus procederes anteriores, y prometieron hacer todo lo posible para que el santo no tuviese que quejarse de ellos en lo sucesivo. El papa Urbano II dió encargo al arzobispo de Leon para arreglar este negocio, y enviar al santo á Molesme si de ello debiese resultar un bien positivo.

Examinado todo por el legado, envió órden á Roberto para que volviese á su primer monasterio. El santo obedeció al punto, y entregando su báculo pastoral al obispo de Chalons, quien le dispensó de todas las obligaciones que habia contraido con él, fué de nuevo elegido abad de Molesme por el obispo de Langres. Gobernó santamente aquella comunidad hasta el fin de sus dias, y acabó su larga vida con una preciosa muerte en el año de 1110. Los milagros que el Señor obró en su sepulcro, acreditaron su santidad, y movieron al papa Honorio III á colocarle en el número de los santos.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Milan, san Pedro mártir, del órden de Predicadores, el cual fué muerto por los herejes en odio de la fe católica.

En Pafos en Chipre, san Tiquico, discípulo del apóstol san Pablo, quien le llama en sus cartas carísimo hermano, ministro fiel y compañero suyo en el Señor.

En Cirta en Numidia, los santos Agapio y Secundino, que, despues de haber sufrido un largo destierro en aquella ciudad, añadieron á la dignidad del sacerdocio la gloria de un ilustre martirio, padecido en la persecucion de Valeriano, en la cual hicieron los paganos los mayores esfuerzos para combatir la fidelidad de los justos. Con ellos sufrieron la muerte los santos Emiliano soldado, Tértula y Antonia vírgenes consagradas á Dios, y otra mujer con dos hijos gemelos.

El mismo dia, siete ladrones, que san Jason habia convertido á Jesucristo, los cuales llegaron á la vida eterna por el camino del martirio.

En Bresa, san Paulino, obispo y confesor.

En Cluni, san Hugo abad.

En el monasterio de Molesme, san Roberto, primer abad del Cister.

La misa es en honra del santo, y la oracion la que sigue.

<p>Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Petri martyris tui fidem congrua devotione sectemur, qui pro ejusdem fidei dilatatione martyrii palmam meruit obtinere. Per Dominum nostrum...</p>	<p>Suplicámoste, Señor, nos concedas gracia para imitar con la debida devocion la fe de tu bienaventurado mártir Pedro, que por dilatar la misma fe mereció conseguir la palma del martirio. Por nuestro Señor...</p>
---	---

La epístola es del cap. 2 de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, y la misma que el dia xxiii, pág. 540.

NOTA.

« Hallándose san Pablo en Roma en su segunda » prision el año 66 de Cristo, escribió esta segunda » epístola á su querido discípulo. Instale mucho para » que cuanto antes vaya á verle, llevándole su » manto, sus libros y principalmente los pergami- » nos, que á lo que se cree era la sagrada Escritura » escrita y arrollada en pergamino segun el uso de los » Judíos. Exhórtale á que se abstenga de cuestiones » inútiles, que solo sirven para escandalizar y para » mover disensiones. »

REFLEXIONES.

Que una devocion fingida irrite los ánimos y excite la indignacion universal, no hay cosa mas justa, porque los hipócritas son objeto del odio de Dios y de la aversion de todos los buenos. Pero que tambien se levante el mundo contra la verdadera piedad, y que la virtud cristiana padezca una especie de persecucion en medio del cristianismo, son hechos que solo puede hacer creibles la experiencia, porque parecen igualmente opuestos á la religion y á la razon.

Por mas que la verdadera virtud sea sumamente amable por su apacibilidad, por su propio mérito, por su humildad; por mas bello, por mas perfecto, por mas brillante que sea su retrato, siempre se la mira con ceño. Siempre parecen sus facciones groseras, su semblante macilento, sus colores sombríos, su aire fiero y desdenoso; porque no es la razon, sino el corazon estragado de los libertinos el que juzga de la virtud. De aquí nace aquel desenfreno tan general contra la piedad cristiana: mientras es universalmente aplaudida la licencia de las costumbres, está expuesta